

cuadra entre dos calles de nombre simbólico –del Sol y de la Luna–, en la frontera entre dos colonias populares –Buenavista y Guerrero–, cuyos habitantes toleran la invasión semanal de la *chaviza*. De esa calle desangelada, rodeada por fábricas y postes eléctricos que recrean un escenario plenamente suburbano, surge un hormiguero humano tan bullicioso como bien organizado. Múltiples *changarritos* o puestos que ofrecen mercancías diversas en cuatro hileras paralelas que componen dos calles; compradores o curiosos que las recorren en sentido circular; la imagen típica del tianguis azteca. Y sin embargo, se trata de un tianguis bien particular: los colores que predominan son pocos y oscuros (nada del impacto multicolor del resto de mercados ambulantes); las mercancías seleccionadas especiales (no se venden comestibles ni productos comerciales); el fondo musical muy diferente de las habituales rancheras (las múltiples variantes del *rocanrol*); y el público, finalmente, le da al tianguis su sello distintivo (casi todos son jóvenes y la mayoría se visten y comportan en sintonía con el marco en que se mueven).

En este microcosmos nada se deja a la improvisación: los espacios se organizan en función de las «bandas» que los habitan. Antes del mercado propiamente dicho, en la calle de acceso, recostados sobre el muro, los viejos *jipitecas* ofrecen sus artesanías y productos: aretes, joyas, pañuelos, mocasines. Un tanto al margen de la estela *dark* que predomina en el tianguis, se presentan como garantes del espíritu subterráneo de la contracultura, de la autenticidad antimercantil y ecológica, que remiten en su discurso a la identidad prehispánica, a una ética y estética «tribales» que contraponen a la actual sociedad de consumo. Ya dentro del mercado, en la hilera derecha, el colectivo punk se distingue por su indumentaria y por su número. En sus *changarritos*, organizados como un escaparate, ofrecen los objetos, atuendos, insignias y músicas que configuran su mundo; predominan las botas y botines de cuero negro con chapas y puntas metálicas. En la hilera central los *metaleros* –también numerosos– venden sobre todo camisetas, *gadgets* y casetes con música *heavy metal*. En el resto de puestos, menos identificables –*rockers*, *rockabillicies*, *nuevaoleros*, *progres*, *neorrománticos*, *psicodélicos*: sólo están excluidos *chavos fresa* y *pijoputos*–, la *chaviza* puede adquirir fanzines, discos nuevos o usados, posters y fotos, cintas piratas, collares, colgantes, cachuchas, tatuajes, pulseras, vestidos, cinturones, cadenas y todos los elementos y accesorios que alimentan los valores e indumentaria de las diversas tribus urbanas. En torno a las tres hileras –unos 150 *changarritos*– la numerosa *chaviza* –más de dos millares de gentes– desfila en forma de noria. *Chavos banda* provenientes de la periferia urbana, *chavas metaleras*, punks enterados de las colonias popu-

lares, viejos rockeros, estudiantes despistados, turistas y *güeritos* curiosos, y pocos, muy pocos que rebasen los treinta años. Algún espontáneo se coloca más allá de los puestos y monta su parada: ofrece discos bajo el brazo, adornos en el suelo, o simplemente propone el trueque. En sintonía con el paisaje, el lenguaje: al extranjero le cuesta entender este idioma que se habla en el Chopo, repleto de giros, argot, entonaciones características. Para dar la vuelta completa a la noria, tardamos una hora y media. Maritza va saludando a amigos y conocidos; curioseamos aquí y allá en busca de una cinta, una revista, un objeto. El ambiente es familiar: la *chaviza* se reconoce y saluda, en una complicidad renovada cada sábado. Nos dirá más tarde una joven etnóloga francesa que está estudiando este escenario: «Se trata de una microsociedad sabatina. Hay una especie de obligación moral de acudir cada sábado al Chopo. Es casi tan sagrado como acudir a misa». Reinan la paz y la tolerancia absoluta: no hay intermediarios ni extorsionadores como en otros tianguis; nadie se mete con nadie; la droga parece ausente. Sólo se rompe la armonía cuando hace signo de presencia otra banda, la más violenta de todas: se trata de *la tira* (la policía), que anda al acecho en las fronteras del Chopo, acosando a los chavos de pinta extraña, apresando a los que beben sus chelas en la acera, extorsionándolos para sacar una *mordida*, y señalando con su presencia los límites de la precaria libertad del tianguis (sólo extraordinariamente su «guerrilla» se hace «guerra», cuando con cualquier excusa se organiza una *razzia*). Nos sentamos en un bar para descansar y recuperarnos del fuerte calor. Casi sin darnos cuenta, vemos cómo la *tira* sube a un chavo en la furgoneta, sin que nadie mueva un dedo.

«El Chopo es un foco de infección en esta ciudad». Son palabras de Baco, un *chavo punk* de Ciudad Nezahualcóyotl que constituye uno de los personajes más característicos del mercado. Baco –también conocido como «el Alien»– acostumbra a plantarse en una esquina; a veces vende alguna mercancía, pero la mayor parte de las ocasiones se dedica a *cotorrear* (extraña palabra, que significa a la vez hacer de todo y no hacer nada). Allí lo encontramos, hablando con otros *chavos banda*, con su pantalón tejano hecho trizas, su chamarra negra y un original «amuleto» hecho con imperdibles y hojas de afeitar. Nos saludamos según el ritual banda (estrechando las manos en dos tiempos: primero con el dedo gordo y después con todos los dedos). Su primera pregunta es directa: «¿En Cataluña también sois partidarios de la independencia?». Que un chavo del suburbio proletario inquiete sobre la identidad diferencial de nuestro país es algo que refleja el carácter transnacional de la circulación cultural en las bandas: buen conocedor de la música punk vasca, y de las tendencias europeas del rock, a través del

sonido se ensancha su visión del mundo. Tras platicar un rato sobre Cataluña y la música, le expongo mi deseo de reconstruir la historia de los «Mierdas Punks», una legendaria banda de Neza de la cual él forma parte.

## Baco, el Alien

«Nací el 21 de febrero de 1967, en el Distrito Federal. Mi jefe es de descendencia nortea y mi jefa es hidalguense. Ellos fueron rebeldes sin causa en su época, cuando eran jovenazos: andaban de cadena, las faldas esas de olanes de los 50, rocanroleros al estilo de James Dean, Elvis Presley, Gene Vincent, o aquí en México lo que fueron los Camisas Negras. Digamos que cuando empezó en los cuarentas a crecer la ciudad de México, había mucha zona en construcción en toda la ciudad, pues se convirtió en zona obrera: gentes que se dedicaban a la albañilería en gran escala, porque estaban haciendo los grandes edificios de aquí, carpinteros, gente que iba a las fábricas, maquiladoras —en realidad no hay fábricas sino maquiladoras, puros lugares de ensamble—, tractoreros, transportistas, operadores de diesel, trascabos. Entonces mucha gente del campo se acumulaba a las orillas de la ciudad, porque ya no había cabida dentro, ya estaba todo saturado en el centro. Y se formaron lo que se dijo hasta 1980 «cinturones de miseria» o «ciudades perdidas». Y la gente de campo tomando actitudes de ciudad, como obreros o como mozos o como subempleados, boleando botas, dando brillo, los morritos robando comida, metiéndose a los restaurantes a comer de a gratis y salir huyendo. Por lo que vinieron mis jefes a Neza fue por lo de la masacre del 68, creo que tuvo mucho que ver. Porque ellos viviendo ahí en la Victoria de las Democracias, toda la ciudad estaba cercada, toda se puso en desmadre, en emergencia, un relajó, ¡y sí se sabía de estudiantes muertos! Ellos se vinieron para acá a finales del 68, al mismo tiempo de las Olimpiadas. Sí, yo creo que eso influyó mucho. Y es que la bronca era que ellos eran jóvenes, y en ese tiempo ser joven era un delito. Cuando tenía 12 años empecé a rocanrolar. Al Chopo llegué porque me platicaron que existía un tianguis de puros rocanroleros: «¡Pus a ver si es cierto!». Que me aviento una caminata, y la primera semana que fue un sábado, no llegué, no le atiné. A la otra semana voy con mi hermano el que me sigue y me encuentro a un rocanrol: «Cámara, pus es por acá». Es cuando el tianguis estaba afuera del museo del Chopo, de ahí le viene el nombre. Llegamos al tianguis, todo el mundo intercambiaba discos y casetes, era puro trueque por lo regular: «Si quieres te lo cambio» «Bueno está bien». Y pas. Era todo el espíritu del tianguis, nada de lucro, era exclusivamente inter-